

D I O N I S I O S I E R R A

“La oración que sube al cielo,
pasa por tu camarín”

(NOVELA CORTA)

PRIMER PREMIO DE PROSA, EN LOS JUEGOS FLORALES CELEBRADOS POR EL
EXCMO. AYUNTAMIENTO DE MURCIA, CON MOTIVO DE LA CORONACIÓN
CANÓNICA DE NUESTRA SEÑORA DE LA FUENSANTA.

A Pepe Ruiz Funes, operario curtidor
de un buen amigo p le quise toda la vida
, le seguiré pendiente, mientras el sea una
buena persona

Sierra

1929
«TIPOGRAFIA S. FRANCISCO»
MURCIA

1929

R 388.007



DAU

19014

tit. 238234

BIBLIOTECA REGIONAL



1487525



*«La oración que sube al cielo,
pasa por tu camarín»*

(Novela corta)

I

MONOTONÍA BUCÓLICA

«La del alba sería» la hora en que Juanillo el zagal salía diariamente con sus ovejas monte arriba, monte arriba.

«La del alba sería» cuando el joven pastor salía con su rebaño en busca del pasto diario para sus lindas ovejitas, llevando al hombro su morral y su honda, única herramienta de defensa que el mísero llevaba, ora para ahuyentar los perros y llamar al rebaño, ora para recreo con que matar las horas lentas, monótonas del día.

Era el teatro de su vida toda la sierra de la Fuensanta; desde la cresta del gallo—al pie de cuya sierra vivía—hasta la espalda del Valle, la Luz, los Teatinos, la Fuensanta, Santa

Catalina, eran su feudo. Verdadero rey de las montañas, nadie como él para trepar como una más de sus ovejas, por aquellas empinadas cuestas, para bajar por los riscos y para dejarse llevar, a impulsos de su propio peso, por una de aquellas laderas que él utilizaba a modo de tobogán.

Sólo todo el día, como un asceta, fiel vigía de aquel rebaño, cruzaba las crestas de las montañas, bajaba al valle, se guarecía en las cuevas para defenderse de las inclemencias del cielo...

Declinaba la tarde, moría el sol y se apagaba el verdor de la vega, vista en lontananza como una inmensa sábana de frondas.

De las ermitas cercanas se oían lentas y acompasadas algunas campanas, como si fuera un lejano saludo, como una tácita contraseña entre unas y otras. Es como la despedida al día para entregarse por entero al reposo en la quietud santa de la noche.

Era entonces cuando Juanillo el zagal reclutaba su ejército, y paso a paso, lentamente, con un andar cansino y perezoso, con una copla en los labios, lenta como su andar—copla que era a las veces interrumpida por un grito harto conocido de las ovejas,—caminaba en dirección a su casa, sita en la falda de la enhiesta cresta del gallo...

«La del alba sería» cuando al día siguiente volvía a salir Juanillo con su rebaño. Y así un día, y otro día... y siempre. ¡Toda la vida!

II

LA TAPENERA

Casi en la falda del castillo, entre el Valle y la Fuensanta, en el rincón que forman dos grandes peñascos húmedos y oscuros, se halla empotrada la ermita de San Antonio el pobre, como una paloma acurrucada en su nido. Diríase que no había sido construida y sí nacida allí entre espinos y baladres.

Frente a su fachada—limpia y blanca como copo de nieve—hay unas hendiduras a modo de cuevas, en donde se guarecen algunos mendigos que no tienen otra misión que la de coger tápenas para venderlas adobadas con vinagre, y esperar la hora de las doce del día para recibir de manos del lego franciscano un plato de humeante y sabrosa sopa.

Porque has de saber, paciente lector, que todos los días, al sonar las doce, se oye por los largos pasillos del convento

de Santa Catalina, el seco tableteo de unas sandalias: son las de dos hermanos franciscanos que conducen una humeante perola de sopa, que es repartida por porciones iguales entre los quince o veinte pobres que allí se congregan.

Estos benditos hermanos de San Francisco — el Santo poeta de Asís que se enamoró de todo, aire, sol, lobos, pájaros, flores, — estos humildes religiosos que viven de la caridad, comparten diariamente con los pobres el fruto de sus limosnas. ¡Benditos una y mil veces estos sabios religiosos, que piden para dar!

*
* *

En una de esas cuevas que frente a la fachada de la ermita de San Antonio el pobre aún existen, vivían, en los tiempos, no muy remotos por cierto, a que esta historia se refiere, una pobre mujer acompañada de su hija: de abolengo pobres, que pobres fueron sus padres y abuelos y pobre había sido su marido: digna estirpe de mendigos sin pan y sin hogar.

Se llamaba Rosa la hija, y era en verdad rosa silvestre, de una belleza extraña: hija única de un rudo mendigo y de una enclenque mendiga, la niña había nacido robusta y bella como una bendición de Dios. Flor de espino, nacida airosa de espinoso tronco; linda malvaloca que nace esbelta con color de cielo... Rosa era una chiquilla que, a su encantadora belleza, a la dulce y casta belleza de sus catorce años, unía el alma más pura y la más casta inocencia.

¡Malditas las manos que sobre el blancor nítido, sobre la impoluta nitidez de estas almas vírgenes, dejan la huella del pecado como un estigma imperecedero de eterno dolor y de mancilla eterna.

Valiera más que Dios cortara a cercén las manos viles que se ensañan en corromper la angélica pureza de estas almas que Dios pone en la tierra para recreo de los que saben venerar todo el milagro de la omnipotencia divina...

¿No fuera mejor, al separar la rosa de su tallo, elevarla en alto con las manos cruzadas como un manojo de lirios, y a modo de caliz, símbolo de la pasión de Cristo, como la hostia sagrada, símbolo del cuerpo de Dios, hacer la ofrenda al cielo de esta fuente de vida y dejarla fuera del alcance de las manos pecadoras que puedan corromper su inmaculada virginidad?

¡Manos que mancillásteis la blancura de una conciencia; manos que destrozásteis como una blanca margarita el corazón de una mujer; manos que como garras se clavaron en la

carne rosa de una indefensa mujer... ¡Malditas seáis por los siglos de los siglos!

*
* *

Rosa la tapenera le llamaban, que esa era la sola industria que ejercía para subvenir a las más urgentes necesidades de su madre.

Como una cabra saltaba alegre por aquellas peñas, siempre alegre, lanzando al aire coplas que ella misma improvisaba, hablando sola con pájaros y flores, rezando a las veces para que Dios velara por su pobre madrecita.

Ella iba con dos escudillas—prévia concesión de los hermanos franciscanos,—para recoger las dos raciones de sopa, pues su madre, vieja e inútil, no podía acudir a recibir la bendita y comfortable limosna de los frailes. Topose un día en su errabundar por el monte, con Juanillo el zagal y sus ovejas.

—¿Donde vas, chiquilla preciosa?—Preguntó el pastor a quien de gozo le brillaban los ojos y le reía la boca.

—Buscando tápenas.—Contestó gozosa y cantarina la tapenera.

—Yo te he de ayudar, que es mío el tiempo.

—¡Dichoso tú!

—¿Por qué?

—Porque dispones de todo el día.

—No es verdad: que si es mío el tiempo, no así el día. Mi obligación es estar preso de mi libertad. Soy libre, pero estoy preso en mi obligación.

—No te entiendo. Yo no sé cómo es eso de estar libre y esclavo, pues lo que sé es que todos tenemos una obligación.

—Yo te ayudaré a la tuya y no te metas en más, que yo tampoco podría explicarte esto que antes ha venido a mis labios.

Y seguro de que no habían de desmandarse las ovejas, triscó con Rosa por aquellas peñas buscando tápenas.

A los sitios en que Rosa no podía llegar, saltaba Juanillo, metiendo sus manos ásperas por entre las espinas de las matas trepadoras y sacaba a puñados el amargo fruto, moreno y redondo como una oliva en sazón...

De allí partió una intimidad fraterna; la comunión de espíritus quedó consolidada sin prévia historia de lazos sociales; tal y como se conocieron y amaron los seres primitivos: tan solo al cruzar unas brevísimas frases.

El dijo mujer: hombre dijo ella y quedó reconstruido el Paraíso terrenal.

—¿Tú quién eres?—Se preguntaron ambos recíprocamente.

Y se contaron sus vidas, ora sentados a la sombra amparadora de un olivo, ora andando a caza de tápenas.

Todas las mañanas se reunían para caminar juntos, y se despedían cercana ya la hora de las doce, pues que mucho antes de que en el convento sonara la campana del medio día, ya Juanillo, con solo mirar al cielo, decía a Rosa:—Debes irte ya; solo te queda tiempo para ir por la escudilla para la sopa.

Y se separaban para unirse al poco, a seguir nuevamente recorriendo la cosecha.

A los pocos días de haberse celebrado esta alianza, ya habían reunido Rosa y Juanillo, lo que ella sola recogiera en un mes.

III

INTERMEZZO

«L'AMOR CHE MUOVE IL SOLE E L'ALTRE STELLE»

Es primavera; es la plena floración de primavera, la magna y bella eclosión del cielo y la tierra.

La sangre moza hierve en las venas, el sol es fuego, la tierra es un áscua, el vaho quema; un hálito embriagador nos transporta; la juventud recobra ímpetus locos de irreflexión: el genio del mal se regocija; el bien se esconde, la moral huye, nace el deseo y recobra sus fuerzas para adueñarse de la inocencia.

Viene la irreflexión y con ella el peligro... la muerte.

Es Primavera; los pájaros ríen, florece la vega: Murcia, la tierra fértil, la tierra próspera, muestra su vega como un emporio de flores; el aire huele a risas, la tierra huele a rosas, el sol aplasta, los pensamientos puros se subliman, los deseos se avivan, la carne tiembla, ¡es barro!

Es Primavera; ríe el sol y ríe la vida. Los insectos se aman, las estrellas vuelan, parece que llueven risas de mujer y pétalos de rosas; salen de la tierra vahos de horno a la vez que veneros de agua clara, alegre y cantarina. ¡Es Primavera!

El hálito caliginoso pone en los pechos una pasión vehemente; en las gargantas pone coplas de amores; en las manos deseos de destrozar... En toda la sangre, ímpetus locos y ansias de vida... «¡Juventud, divino tesoro...!»

Pan, el dios mitológico con patas de cabra y cuernos de chivo, lanza ahullidos por el monte, a compás que hace sonar como una carcajada histérica, los siete carrizos de su siringe.

Va loco y senil persiguiendo ninfas por el monte, igual que en la era mitológica iba tras ellas cruzando Alicarnasia...

Y Rosa, nuestra ninfa, ha caído en las garras de Pan, quien encarnó en Juanillo el pastor, lo mismo que Júpiter disfrazado de cisne para hacer caer a Leda...

Y han cesado las risas que alegraban al monte como un repicar de campanas de plata, y han cesado las carreras locas de la muchacha alegre y cantarina que daba al monte una nota bella de juventud y de poesía... Y solo se la ve llorar, cuando sola y triste, con la cabeza hundida en el pecho, camina lenta por aquellas empinadas crestas, siempre lejos del contacto de las gentes, avergonzada de su mal, temerosa de que alguien le indicara la horrible mancha que ha caído sobre su frente, antes alba y pura, blanca y sutil como los pétalos de nardo.

Y ya no quiere hacerse presente al pastorzuelo por no recordar lo que en tan mal hora acaeció entre ambos.

Y calla y gime y llora desconsolada, mientras cruza lenta las cuestas pinas de aquella sierra, teatro de sus dichas y escenario de sus desgracias. Y cansada y triste camina, con un dolor muy grande en el alma.



Y no volvieron a cruzarse sus miradas, y pareció que el tiempo—un tiempo de pocos meses—había curado el mal.

Rosa no lloraba ya, pero seguía triste.

Juanillo no cantaba, pero olvidó por fin, y aunque poseedor de todo el día para poderlo emplear en sus pensamientos, dedicaba estos a seguir el curso, ora de las estrellas, ora el de algún pájaro... Ya en escarbar en la tierra con la punta de su vara, ya en adiestrarse en el manejo de su honda...

Todo, menos recordar que él había sido quien había robado a Rosa su felicidad.

IV

«El ruido con que rueda la ronca tempestad»

N. DE ARCE

La frágil blusa de Juanillo había sido sustituida por la recia pelliza. Había llegado el invierno, y con él los días grises, anunciadores de la lluvia; días cortos con noches largas, interminables, pasadas al amor de la lumbre tegiendo pleita.

Rebaño y pastor salieron al monte como todos los días, pero era este un día gris que amaneció nublado.

Ya cerca de las dos de la tarde, un vientecillo sutil cortaba la cara; unos cuantos nubarrones negros ensombrecieron la poca luz que del cielo llegaba.

Juanillo apresuró la marcha y ordenó rápido a sus ovejas el regreso al hogar. Pero no le dió tiempo. Al llegar junto al Santuario de la Fuensanta, tuvo que guarecerse en la cueva que llaman de la cómica, por que diz que allí vivió una cómica que estuvo en opinión de santa, según que así lo aseguran doctos escritores.

Como pudo reclutó a su alrededor al rebaño, pues el agua y los truenos menudeaban.

Viviendo en las ciudades, estas tempestades de agua y truenos, pasan inadvertidas; pero allí, a cielo abierto, lejos de todo amparo, tierra y cielo no más, mucha tierra y mucho cielo, tan cerca de Dios y tan lejos de los hombres, esas tempestades son crueles, hermosas, horriblemente hermosas.

La tierra se llenaba de agua; las crestas de los montes se coronaban de nubes; por las vertientes naturales de la sierra, bajaba arremolinada el agua como una feroz catarata; el cielo se festoneaba de culebrinas eléctricas; la tierra atraía la electricidad de las nubes. Uno, diez, mil relámpagos se sucedían; los truenos, cada vez más cercanos, eran imponentes.

Un rayo cayó en los Teatinos partiendo en dos el añoso tronco de una olivera centenaria.

Y el más fuerte, el más luminoso, vino a caer en el mismo dintel de la cueva de la cómica.

Asustadas las ovejas, parecían llorar con un quejido angustioso. Juanillo se tapó la cara con sus manos.

— ¡Jesús María y José! — dijo... y ya fué para él eterna la noche.

Cuando separó de sus ojos sus manos llenas de cicatrices, Juanillo estaba ciego.

V

REVERIE

¿No habéis visto a un ciego llorar? Es un espectáculo doloroso. Parece mentira que puedan llorar ojos que no ven. Se adquiere el concepto de que para aquellos ojos ha cesado toda función fisiológica: y no, no ha cesado. Se pierde la vista pero queda el dolor: un dolor eterno. Para quien nació ciego, para quien nunca conoció otra luz que la de las tinieblas, el dolor de no ver es desconocido; pero para quien vió el sol, el cielo azul, la belleza del mar y la grandeza de la luz, es una pena que a ninguna otra pena puede compararse.

Tener que oír el color, tener que tocar la luz... No llegar

nunca, no llegar nunca, siempre con los brazos abiertos y los ojos fijos en el infinito, en un infinito, para ellos más infinito que para los demás.

No ver la mano caritativa que le socorre... ¡qué dolor!

Lector; aunque te digan que el ciego a quien vas a socorrer es un malvado, no lo escuches, socórrelo, que si él no te ve para premiar la ofrenda con un halago, Dios sí te ve... Dios sí te ve...

Juanillo lloraba sin consuelo, y fué entonces cuando se acordó de Rosa; aquella flor que él había deshojado. Miró sus manos: nada vieron sus ojos, pero en su cerebro se grabó la visión de que aquellas manos estaban manchadas de deshonra.

Un hondo remordimiento se enroscó a su alma, y un día y otro, mejor dicho, una noche tras otra—por que para él había desaparecido el día con sus bellas risas, el sol con su caricia bienhechora, la vega con su espectáculo de maravilla...—una noche tras otra, no cesaba de llorar y de pensar en su delito: fué entonces cuando comprendió el mísero que había cometido un delito.

Y al sonar en la Fuensanta la hora de misa, apoyado en la vara, bien conocedor del terreno, seguro de no tropezar, se dirigió al Santuario, donde Murcia tiene encerrada la más preciada de sus joyas.

No se tuvo que descubrir al entrar: la recia pelambreira que cubría su cabeza, formábale una gorra más que ninguna otra defensora del aire y del agua.

Cuando Juanillo se arrodilló, daba comienzo la misa el sacerdote.

Durante toda la ceremonia, Juanillo escuchaba los gritos de su conciencia. Al alzar a Dios, el pastor elevó sus ojos sin luz hacia el camarín de la Virgen Patrona. La noche negra de sus ojos se aclaró un momento: en medio de sus tinieblas un resplandor vivísimo vieron los ojos del pastor, y como un susurro, como el eco dulce de una campanita lejana, como si dentro de su corazón salieran sonidos bellos, musicales, armoniosos, como voces de plata y de cristal, acariciadoras como el terciopelo, llegaron a su oído claras y limpias, unas palabras mágicas dichas en tono angélico, dulces y melifluas como canto acompañado de salterio...

Y oyó, el desdichado que le decían:

«Toda esta claridad que en medio de tu ceguera ves ahora mismo alrededor de mi camarín, hace falta a tu alma para que veas el mal que dejaste irreparable».

«La ceguera no la tienes en los ojos: la tienes en el alma: límpiala de toda culpa y se abrirán tus ojos a la luz: el día que en tu conciencia se descorra el velo de maldad que la

ciega, verán tus ojos, se hará luz en tu conciencia y resplandecerá tu alma».

No dudó más: era aquello lo que necesitaba su alma buena, lo que necesitaba su alma pura. Por que su alma era buena, su alma era pura, pero estaba obstruída, tenía una absoluta carencia de conceptos morales: nadie inculcó en su espíritu los santos conceptos del deber: nadie iluminó su alma con frases que le hablaran de preceptos divinos, de deberes de conciencia. Era rudo su cuerpo como ruda era su alma; tosca y primitiva.

*
* *

Febril, como loco, como un vidente, traspuso en una desesperada carrera las cuevas de la Fuensanta, y por un atajo que él conocía de antiguo, llegó a Santa Catalina, por detras del Convento y por la falda del castillo llegó a la ermita de San Antonio el Pobre, gritando como un loco:

¡Rosa... Rosaaa!...

A los gritos salió la bella de su cubil. ¡Estaba más bella que antes! Las lágrimas habían rasgado sus ojos: el dolor había empaldecido su faz: su talle se había adelgazado ganando así en esbeltez y en elegancia... Era la viva imagen de aquella Dolorosa de Salcillo, joya que el gran imaginero murciano nos legó a esta tierra para que las razas de todos los siglos pudieran admirar la regia estirpe de nuestra huertana, y para que aprendieran a llorar ante aquel dolor, a ningún dolor comparado.

Juanillo no la veía: solo oyó que dijo:

¿Quién grita?

Y hacia la voz se fué decidido, tropezó con Rosa, tomó entre sus manos la cabeza despeinada de la tapenera, e imprimió un beso puro, casto, devoto, en la frente tersa de la desgraciada.

Fué el beso aquel, como el beso del aura. puro, inmaculado...

*
* *

El propio Padre Cura del Santuario de la Fuensanta, un señor muy bueno.—o no ser viejo—fué el encargado de solucionar los asuntos judiciales de los novios. Consiguió permisos, sacó partidas... El era de Algezares, ella de Santo Ángel: los dos murcianos. hijos y devotos de la Fuensantica.

Un afamado médico que había construído un chalet de recreo cerca del Santuario y que seguía muy de cerca el proceso de estos amores, se interesó vivamente por la enfermedad del mozo.

Y es que yá, aquellos seres que en un día aciago se torcieron del camino del bien, habían nuevamente encontrado la ruta cierta que está señalada para todo fiel cristiano, y era por eso por lo que todo iba a pedir de boca.

Reían los mozos que con el pastor jugaron de rapaces, por que hoy le veían junto con la rosa de sus ilusiones...

Reían los pobres compañeros de Rosa al ver a esta llena de gozo por que iba a ser la compañera de Juanillo.

Reían los viejos al ver coronadas de felicidad las vidas de estos dos enamorados.

Reía el sol, que en la montaña es más alegre su brillar que en las ciudades, porque ilumina las cosas sin que la cubran las malas artes de los hombres.

Y reía el aire que besaba el rostro de la amada... Y reían las frondas que hacían duo con el agua... Y reía el agua alegre y cantarina que nacía fresca de las entrañas de la tierra y salía a unirse con el agua hermana que tenía la balsa de la fuente-santa.

Todo era risa por que había paz, que es paz lo que solamente en la tierra puede darnos la alegría...

*
* *

Pero las gestiones hechas por aquel señor del chalet, no dieron resultado.

Un oculista de Murcia, que por entonces hacia curas maravillosas en enfermedades de la vista no pudo hacer nada por nuestro pastor: aquello estaba perdido: no tenía remedio. había dicho el galeno.

Y en medio de la tristeza que da la eterna ceguera, en nada se apuró Juanillo. Toda su desgracia la sufrió impasible; del fondo de su alma se le había evaporado un peso enorme: su conciencia estaba clara: veía la luz dentro de su ser, y sobre todo, aquella limpidez de conciencia, aquella luz mágica que él había visto en el fondo del camarín de la Virgen, le había dado, con la vida, con la tranquilidad, un lazarillo: Rosa la tapenera: su Rosa ante Dios y ante los hombres.

De la mano de Rosa cruzaría la vida, seguro de no tropezar en el más miserable guijarro.

VI

EN EL NOMBRE DEL PADRE...

Con exigua comitiva — que eran pobres y nada podían dar — llegaron los novios al Santuario, ya resueltas cuantas formalidades requiere el caso.

Iba Juanillo conducido por Rosa, siempre bella en su mate palidez, que le daba a su rostro el santo misterio que presta el dolor, pero animaban sus ojos una luz viva que era nacida de su corazón amoroso y satisfecho.

*
* *

Más, siempre más, pide el humano egoísmo, que nunca se satisface, que nunca ve satisfecha toda su aspiración.

El cuerpo humano es barro y como tal, siente impulsos egoístas de apego a la tierra: como esos insectos que para librar su vida de la acometida de otros insectos toman el color de la hoja o del tronco del árbol, cuéستale mucho trabajo al cuerpo humano la renuncia de lo menos, por la conquista del más: es ambicioso, porque siempre quiere más, lo quiere todo...

Por eso Juanillo, en medio de la dicha inefable a que le había llevado el luminoso despertar de su conciencia, no pedía más, pero sí deseaba más su alma. Quería la luz, quería la vista, quería la vida con todos sus goces satisfechos, y más ahora, que dichoso y feliz iba viendo coronada de regocijo toda su vida, aunque en un rinconcito muy oculto de su alma, notaba que no lo había conseguido todo: estaba ciego aun... estaría ciego eternamente... Y cuando estaba solo, lloraba el desgraciado pensando en la desdicha de la eterna noche de sus ojos.

Y al arrodillarse ante el altar de la Virgen, no fueron sus labios, fué su alma la que elevó al cielo esta a modo de plegaria, llena de fe de amor, de ansia de vida,

*
* *

«Yo no la veré más, virgencica mía, madre de Jesús, que sufriste tanto viendo como sufría tu hijo: que tu dolor no puede ser comparado con ningún humano dolor: dame la salud ya que no la vista, que pueda hacer yo feliz a la que todo por buena y santa se lo merece: ya que mis ojos no han de gozar el sublime espectáculo de su hermosura, que mi alma se sature de alegría al verla feliz: que mi sostén la guarde, que mi cariño la defienda, que mi amor la colme de felicidad.

Yo recibo tu castigo cegando mis ojos para no ver más la rosa que yo mismo, con mis manos impías un día deshojé: yo recibo tu castigo, que mis ojos no reciban el bien de su hermosura: pero dame la luz un momento, dame la vista un minuto, un segundo no más, para que caiga a tus pies de rodillas, Virgencica mía, y con los ojos fijos en tu faz, pueda yo agradecerte con lágrimas del corazón, todo el bien que

sembraste en mi alma; para que yo pueda agradecerte la luz que robaste a mis ojos para iluminar mi conciencia».

Era el preciso momento en que el sacerdote, en medio de los enamorados, con la mano en alto decía:... En el nombre del Padre...

Y en las tinieblas de los ojos de Juanillo, comenzó a iniciarse una ténue claridad: su rostro en un momento, quedó transformado por el asombro. La sorpresa de su faz, llegaba al espanto.

Los ojos del pastor comenzaron a distinguir sombras que se movían. Primero fué la forma; después el color y por fin fué la luz: una luz vaga que surgía del camarín de la Virgen y que se extendía ténue, como tamizada por todo el templo. y que, poco a poco, como si fuera un bello amanecer, se iba agrandando, ganando en claridad... y el claror opalino se hacía más brillante a cada minuto,

Abrió cuanto pudo los ojos, se inundaron de aquella luz que penetró en su alma como lluvia del cielo... y cayó de bruces sobre el pavimento, llorando como una criatura.

ALLEGRO FINALE

Rosa, la bella tapenera, la toda hermosa, la siempre digna, tomó entre sus manos el cuerpo de Juanillo, lo levantó hasta hacerlo sentar en una silla, acarició su cabeza pretendiendo consolarle, y al mirarle los ojos, notó que una luz extraña brillaba en ellos: una luz muy fuerte los iluminaba. El rostro impávido, mortecino del pastor, el rostro apagado, se animó de pronto como si una llama viva le iluminara interiormente.

¡Aquello era la vista!

Sí, la vista; Juanillo miró a Rosa: Rosa fijó sus ojos en los de Juanillo, y ambas miradas penetraron hasta lo más hondo de sus almas.

Una sonrisa angélica se dibujó en los labios del pastor, y parecía también que la Virgen, desde su camarín... ¡se reía!

Aquello era la vista; aquello era la luz, aquello era la bendición de Dios, aquello era la suprema felicidad.

Se levantaron los esposos, y cogidos de la mano llegaron hasta el altar, y con voz llena de lágrimas, con la vista fija en el bellissimo rostro de la madre de Dios, con el corazón puesto en los labios, cantaron:

«Virgen de la Vega, Reina del grandioso milagro de flores...!»



